

quería estudiar ni prepararse antes de hacer un discurso, y todo lo fiaba á su palabra y á su memoria, prodigiosas ambas. Contribuía á esto cierta idea, que tiene sin duda algun fundamento, pero que Galiano extremaba como acontece con frecuencia á los españoles que han vivido largos años en país extranjero. Galiano no tenía la mejor opinion de la afición de nuestro público á las profundidades, y temía cansarse y cansarle sin fruto si estudiaba con detencion un asunto y le exponía luego con profundidad. Así es que tanto sus lecciones de derecho político constitucional como sus lecciones sobre la historia de la literatura del siglo XVIII, explicadas sucesivamente en el Ateneo con grande aplauso y contentamiento del auditorio, se resentían de este defecto y merecen menos ser leídas.

Muchísima menos razon ha tenido en nuestro sentir el público para no estimar bastante á Galiano como poeta. Si basta para serlo una gran vehemencia de sensibilidad y de afectos, una viva fantasía para expresarlos, revistiéndolos de imágenes, y una gran maestría en el manejo del lenguaje, del metro, de la rima y de la dición poética, con el exquisito buen gusto para no caer en lo prosaico y trivial, sin dejar de ser sencillo y claro, y para ser elegante y pulcro sin afectacion, ampuliosidad y gongorismo, las poesías de Galiano pueden servir de modelo. Tal vez el corto favor que han alcanzado del público dependa en parte del asunto sobrado íntimo á veces, familiar y doméstico, ó como ahora se dice, muy subjetivo. Tal vez dependa tambien de que Galiano, si llegó á tiempo, de vuelta de la emigracion, para dar impulso á la nueva revolucion literaria, se quedó con sus poesías, hechas anteriormente, las mas, como fuera de la revolucion y fuera tambien de la moda.

Hecha la enumeracion y expuesto nuestro juicio sobre los mas importantes personajes, famosos ya en letras, que saliendo del olvido ó volviendo de la emigracion, concurrieron al nuevo florecimiento literario, dirijamos con mas atencion la mirada al propio país y veamos los gérmenes que hay en él y lo mas lozano y esplendoroso que brota y luce su gala en aquella primavera fecunda del ingenio español.

CAPITULO II

El movimiento intelectual en Cataluña.—Las letras en el resto de España antes del romanticismo.—Los periodistas literarios.—Mesonero Romanos, Estébanez Calderon y Larra.—Los nuevos poetas románticos en Madrid.—Gil y Zárate, García Gutierrez, Hartzenbusch y Zorrilla.

Dentro de España misma, á pesar del marasmo intelectual del reinado de Fernando VII, no se puede decir que se hubiese extinguido el fuego sagrado: la afición á la poesía y á todo elemento de cultura.

La centralizacion no era entonces, ni es todavía, ni tal vez por dicha llegue nunca á ser tan grande en España que traiga toda la vida de la mente á la capital y deje sin iniciativa y sin pensamiento á las ciudades de las provincias. A veces, de ciudades de primer orden y hasta de segundo, ha partido el impulso para un cambio favorable ó para un renacimiento en la vida intelectual. Esta gloria tuvieron Salamanca y Sevilla, en el siglo pasado, creando ó resucitando sendas escuelas poéticas, que produjeron lo mas notable que hubo entonces en este país: Fray Diego Gonzalez, Melendez Valdés, Cadalso, Cienfuegos, el mismo Quintana, Forner, Lista, Reinoso y tantos otros. Papel, en cierto modo semejante, y en cierto modo distinto, le tocó hacer á Barcelona, desde antes de 1834. Distinto, porque su movimiento intelectual, por lo mismo que Cataluña, aun hablando castellano, conserva bastante autonomia literaria, no se mezcló ni se confundió por completo con el del resto de la nacion. Semejante, si bien de mayor valer y sentido, porque la renovacion en las ideas, las novedades románticas, el conocimiento de la ciencia nueva, llamada *Estética*, y el influjo directo de las literaturas inglesa y alemana, empezaron allí mucho antes que en Madrid y que en el resto de la Península. Debióse esto, sin duda, á la riqueza y bienestar de Barcelona, á su comercio é industria, á su trato mas frecuente con extranjeros, á la actividad de sus hijos, y hasta al amor propio provincial, que, sin pugnar con

el amor de toda la patria, se pone allí con superior intensidad en una patria mas especial y concentrada.

Ello es que, desde fines del siglo XVIII y principios del XIX, habia en Cataluña cierto florecimiento, aunque mas científico que literario. De allí habian salido Finestres, Caresmar, Dorca, Masdeu, y otros eruditos y filólogos, como Capmany, autor del *Teatro histórico-crítico de la elocuencia española*, y gran ilustrador de las glorias de su tierra natal, en las *Memorias de la marina, comercio y artes de la antigua ciudad de Barcelona* y en el *Libro del Consulado*. Las ciencias naturales eran cultivadas por una Academia y por hombres de bastante mérito, como Salvá y Carbonell. Otra Academia, titulada de Bellas Letras, publicó trabajos estimables, singularmente un tratado de crítica histórica, superior á todo lo que se hizo en España en el siglo XVIII.

Entre los escritores catalanes de nota, en el reinado de Fernando VII, merece especial recuerdo don Antonio Puigblanch, diputado que fué en las Cortes del año 20, y emigrado despues del 23 á Londres, donde acabó su vida. Figuró siempre en el bando mas exaltado; y, aunque ó por lo mismo que habia sido novicio en una cartuja, gustaba de hacer alarde de ideas heterodoxas. Era mal poeta y prosista estrafalario, si bien castizo y muy docto en cuestiones de gramática y filología. Así lo muestra su *Gramática hebrea*, en que siguió las teorías de Orehell, y sus *Opúsculos gramático-sabtricos*, en los cuales ataca ferozmente á Salvá y á Villanueva. Los paisanos de Puigblanch recuerdan con amor su nombre, por haber sido él uno de los primeros que en este siglo escribieron versos catalanes de asunto serio. Resucitó el metro de arte mayor y en él compuso un poema sobre las Comunidades de Castilla. Al mismo Puigblanch ó á un hermano suyo se atribuye, con menos fundamento, un poema titulado *El templo de la gloria*.

Ya antes del año 20 habia comenzado á despuntar en Barcelona lo que luego se llamó romanticismo. Durante el período constitucional de los tres años publicaron Lopez Soler y Aribau (entonces muy jóven y de quien tendremos que hablar mas detenidamente en otras ocasiones) una revista, *El Europeo*, donde quizá por primera vez sonó en España la palabra *Estética*, y donde se publicaron, en traduccion, algunas cosas de Schiller, *El Giaour* de Byron y leyendas caballerescas del género *walter-scottiano*.

Antes de terminar el reinado de Fernando VII apareció, por último, un egregio poeta. En 1832 publicó sus versos don Manuel Cabanyes, quien murió aquel mismo año en la flor de su edad. Cabanyes tenia una cultura literaria rica y variada: sabia el griego, del cual tradujo homilias de San Juan Crisóstomo; el latin y el inglés; y el italiano, del cual tradujo tambien el *Belphegor* de Maquiavelo y la *Mirra* de Alfieri. Cabanyes admiraba extraordinariamente, y á la vez, á Byron y á Horacio. El eclecticismo literario, la fusion de lo romántico y de lo clásico, se puede decir que aparece en él por vez primera en España. Cabanyes fué el clásico puro, opuesto á los pseudo-clásicos amanerados. Podemos compararle á Andrés Chenier y mejor á Hugo Fóscolo. Sus ideas eran modernas y tambien su modo de sentir; pero la forma de sus versos es sobria y severamente clásica, pareciéndose algo á la de Moratin hijo, aunque es menos limpio y correcto. Tenia aversion á la rima y usa siempre el verso libre. En una de sus últimas y mejores poesías, *La misa nueva*, parece notarse la influencia de los himnos sacros de Manzoni, que fué conocido muy pronto en Cataluña.

Un editor de Barcelona, Bergnes, contribuyó por aquel tiempo á difundir las aficiones románticas, publicando traducciones de casi todas las novelas de Walter Scott, y algunas imitaciones de las mismas hechas por Lopez Soler y otros.

Desde el año de 34 al de 44 dominó en Cataluña, casi sin contradiccion, la escuela romántica, pero inclinándose siempre al romanticismo histórico, épico-popular ó legendario, nunca al subjetivo ó byroniano. Los escritores catalanes de entonces se distinguen por su amor á las instituciones, costumbres y recuerdos de la Edad media, y por su ferviente espiritualismo.

El principal de ellos es don Pablo Piferrer, dotado de un

instinto artístico muy seguro y de grandes disposiciones para los estudios estéticos. Su doctrina era la de los Schlegel. Se distinguió en la arqueología, en la crítica musical y literaria y en la poesía. Dejó un tomo de artículos críticos y dos de investigaciones sobre la historia y monumentos de Cataluña y de Mallorca. En su prosa, siempre muy poética y entusiasta, en sus gustos á la arquitectura de la Edad media, en su modo de narrar y en sus leyendas y descripciones, insertas muchas en la grande obra *Recuerdos y bellezas de España*, Piferrer se parece no poco á Bécquer. No así en las poesías, en las cuales es objetivo y no subjetivo; mas por el gusto popular que por el íntimo y psicológico; mas épico que lírico, en suma. Sus composiciones en verso tienen singular encanto, y algunas, por lo simbólico, misterioso y profundo de la leccion que entrañan, y por el espiritualismo cristiano que reina en ellas, se parecen á las de Uhland y las superan á veces: como, por ejemplo, *La cascada y la campana* y *Alina y el Genio*, romance bellissimo por cierto.

Piferrer tradujo, además, algun poema de Walter Scott, y dejó plan y fragmentos de un drama sobre Berenguer el Fratricida, que, si por ellos hemos de juzgar, prometia ser una joya del romanticismo dramático.

Otro poeta, que, si no se iguala á Piferrer en lo sentido y profundo, quizá le supera en la sencillez poética de su estilo, es don Juan Francisco Carbó. Sus baladas, que son breves narraciones en romances, divididas en estrofas por un estribillo, merecen los mayores elogios, siendo quizá la mejor de todas la que se titula *Guillen y Rosa-florida*.

Otro tercer poeta, don José Semís, muerto tambien muy jóven, como Piferrer y Carbó, mostró prendas de lírico, aunque afeadas por graves incorrecciones, por las cuales y por carecer él de estro narrativo ó no haberse desarrollado en su alma hasta entonces, parece muy inferior comparado á sus compañeros.

Por el mismo tiempo empezó á darse á conocer don Manuel Milá y Fontanals, quien trajo á la nueva escuela un sentimiento mas hondo y un conocimiento mas completo de la poesía popular, recogida por él de los mismos labios del vulgo. Tal vez Milá haya sido el primero que, como los hermanos Grimm en Alemania, y otros despues en otros países, ha coleccionado cuentos vulgares en España. Asimismo ha reunido Milá, siguiendo las huellas de Duran en Castilla y de Almeida Garrett en Portugal, algunos romances catalanes, tarea en que se afirma que don Mariano Aguiló le ha seguido con grande éxito, reuniendo un copioso romancero catalan, inédito, á lo que creemos todavía.

Crítico, preceptista y poeta á la vez, Milá, dentro del período cuya historia literaria bosquejamos, se atrajo la atencion del público con algunas odas, romances y leyendas. Despues dió á luz un arte poética, un tratado de *Estética* (el primero que se ha escrito en español) y otras obrillas, que ya contenian en germen todo el caudal de doctrina y buen gusto, derramado mas adelante en sus libros *Observaciones sobre la poesía popular*, *La poesía heroico-popular castellana* y *Los trovadores en España*.

Con este florecimiento y como traído por la propension romántica coincidió el despertar de la lengua y literatura catalanas. Aribau dió la señal con su hermosa oda *A la patria*, que todos los catalanes saben de memoria y que aun no tiene rival en aquel Parnaso. Le siguió don Joaquin Rubió y Ors (lo Gayter del Llobregat), excelente poeta lamartiniano, y prosista además docto y fecundo.

Los estudios de filosofía y ciencias sociales y políticas florecieron bastante en Cataluña, en aquel período. Como apologista católico y controversista político debe citarse ya, aunque mas tarde volvamos á hablar de él con mayor detenimiento, al ilustre Balmes, que publicó, en 1838, su primer folleto. En sus *Revistas* colaboraron Roca y Cornet, autor de un *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*; Ferrer y Subirana, partidario del tradicionalismo de Bonald; y el mallorquin Quadrado, que tan duramente se vengó en un terrible artículo de los insultos y burlas que lanzó el célebre Jorge Sand contra su patria, despues de haber sido muy afectuosamente hospedada y agasajada en ella. Del artículo de Qua-

drado contra Jorge Sand se puede decir, remedando una frase de Moncada, *venganza merecida mas que lícita*.

Como partidarios de la escuela escocesa se señalaron don Ramon Martí de Eixalá, autor de un *Curso de filosofía elemental*, ajustado á las doctrinas de Hamilton; don Ignacio Santponts, que refutó briosamente las teorías de la escuela utilitaria ó benthamista; y mas que todos don Francisco Xavier Llorens, catedrático de metafísica en la universidad de Barcelona, que murió hace pocos años, dejando poco escrito ó publicado, aunque tuvo y tiene numerosos discípulos que conservan con veneracion su recuerdo. Fué observador paciente y sagaz de los fenómenos psicológicos y varon de gran claridad y energía de espíritu.

Hecha ya esta ligera reseña sobre las letras en Cataluña—debemos volver á hablar del resto de España.

En ninguna historia, ya sea política, ya literaria, hay verdadera solucion de continuidad. Los sucesos se encadenan: unos son precedentes de otros. Difícil es marcar los lindes que separan los períodos. No se puede decir que un modo de ser literario muere y que otro empieza. Casi siempre persisten los dos á la vez.

En esta *Historia general* no se ha extendido tanto su autor, don Modesto Lafuente, en la parte literaria, como nosotros vamos á hacerlo ahora al escribir la última época. No creemos pecar en esto, pues una historia general, segun el epíteto mismo lo indica, debe comprenderlo todo.

Si alguna vez hemos hablado y si aun hablaremos en adelante de autores y de producciones anteriores al año de 34, es, ó bien porque los autores sobreviven á aquel año y siguen escribiendo despues, ó bien porque es menester citar aquello como antecedente.

Con el modesto título de *Bosquejo histórico-crítico de la poesía castellana en el siglo XVIII* como introduccion de los tres tomos de poetas líricos de dicho siglo de la Biblioteca de Rivadeneira, don Leopoldo Augusto de Cueto, hoy marqués de Valmar, ha escrito una historia, en nuestro sentir, bella y completa de la literatura española en el siglo pasado y principios del presente. De ella pudiéramos tomar materiales, si quisiéramos hacer mas retrospectiva esta reseña, y, no queriéndolo, porque no debemos, á ella nos remitimos. En lo ulterior apelamos á nuestra memoria, á noticias aquí y allí esparcidas, y á las obras mismas de los autores que se citan.

Desde luego, para apreciar toda la importancia de la revolucion literaria llamada romanticismo, se ha de entender que nuestra cultura, tan peculiar y propia en tiempo de los reyes austriacos, viene decayendo hasta hundirse en la mayor postacion en los últimos años de Carlos II, durante la guerra de sucesión y primeros años del reinado de Felipe V. Con la proteccion de este rey, de sus sucesores y sobre todo de Carlos III, resucita el espíritu español, pero animado de pensamientos venidos de fuera. De aquí el divorcio entre el público y las pocas personas que escriben y leen. Toda modificacion, todo cambio, toda mejora y todo extravío en ciencias, letras y artes, se importa entonces de país extraño; casi siempre de Francia ó por medio de Francia. Se reviste, si se quiere, de estilo castizo, pero lo peregrino y exótico queda en el fondo y no consiente que llegue á hacerse popular. Ni aquello que parecia mas á propósito para lograrlo lo logra. Sirvan de ejemplo las poesías líricas de Quintana. Ni las menos filosóficas y mas patrióticas son conocidas y leídas á no ser por pocas personas de gusto. ¿Quién recuerda y recita, como no sea casi un literato de profesion, una docena de versos de la magnífica oda al levantamiento de España en 1808?

Considerando esto se ve la ventaja que ofreció el romanticismo. A él se debió el nuevo consorcio entre la mente de los poetas y el espíritu de las muchedumbres. Vino tambien de fuera, pero volviéndonos no poco del pensamiento propio. Desde su introduccion en España tenemos una poesía mas española.

Antes habia lo clásico que nunca logró agradar sino en un pequeño círculo, y ciertos rastros y dejos de lo popular y antiguo, que se mostraba solo emplebeyecido en boca de coploros. Uno de estos últimos en el orden cronológico, y de los últimos tambien por su mérito, habia sido Rabadan. Hasta los